*YO*

Negro. Al principio, solo negro. El negro que lo envuelve todo con su manto cegador.

Y nada que pensar, y nada que sentir, y nada que vivir.

Y de pronto, aparecen las letras divinas que contienen la pregunta enigmática, casi mística, del yo:

¿QUIEN SOY?

Ni yo mismo sé responder a esa pregunta. La única certeza que tengo como faro en el mar es que me llamo Darío, nombre de un rey persa caído.

Pero de algo estoy seguro; soy dueño de mi destino, pues soy el escritor camínate que pluma en mano compone sobre un libro blanco la novela de una vida con el pasar de los años.

Hay un verso ya escrito, cristalino, suave, que cuesta rememorar, que es la vida recóndita y pasada que nunca volveré a contemplar:

nacer, llorar, reír y sufrir; preguntar y descubrir para desvelar el mundo; querer, y ver lo que quiero ir muriendo poco a poco, hojas que se marchitan, lagrimas perladas que se pierden en el rio que desemboca en el mar.

 Pero resisto, pues mientras no mate a mi frágil alma, habrá algo en el mundo por lo que dar la vida, cual antiguo ideal de caballero andante que protege a su dama: ese algo soy yo.

Desgraciadamente, soy mariposa:

Débil y sensible, que, con un leve e infortunado suspiro, quebraría sus alas y corazón.

El futuro es niebla que se disipa, vaho que se evapora, ilusión que desaparece;

Y ese es mi mayor temor.

Puede que a los 40 ya no esté, victima de la dama Muerte, de labios de seda, gélidos, deseables, mortales, que, con un beso lento y placentero, nos hace dormir el sueño eterno, mientras aspira nuestra esencia y devora los pétalos de la rosa llamada corazón;

Puede que esté hundido en melancolía, como un naufrago en un mar de ciénagas negras que me engullen y penetran en mí, ennegreciendo con su sustancia maldita y viscosa mi mariposa, que ya no puede volar, que sus alas fueron atrapadas, que sufre sin poder hacer nada.

El abandono a mi ser, espíritu, *animi*, es lo que temo del mañana implacable, que no es la calidez humana de la chica que amo, sino la estepa fría, encubridora de lobos, donde yo, mientras, palidezco congelado.

Pero en esta oscura sala, otra vez negra, se deslumbra una vela, distante pero intensa, que toma la forma de una mano que me anima a coger. Y en su dulce canto lejano susurra: “¡Sigue adelante! ¡No te rindas! Hay mucho por lo que vivir”.

*Lechuza sobre la noche*